

# LA DESCENSIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

**Día 24 de enero**

**P. Juan Croisset, S.J.**

**Fn el día 24 de Enero se celebra en todo el Arzobispado de Toledo la admirable descensión de la Reina de los ángeles, desde el Trono de su Gloria eterna á la santa iglesia catedral de Toledo, con el fin de demostrar su agradecimiento á su devotísimo siervo San Ildefonso, honrándole con una dádiva de los tesoros del Cielo, la cual se conserva hasta el día, para perpetua memoria de favor tan singular.**

**No satisfecha la Santísima Virgen con haber honrado al Santo, por medio de la gloriosa Santa Leocadia, en los asombrosos términos que queda dicho en su vida, en el día anterior, quiso por Si misma manifestarle su gratitud por el apreciable obsequio que la hizo, en la defensa de su perpetua virginidad contra los blasfemos herejes, impugnadores de tan singular prerrogativa. El Concilio 10 toledano, que se celebró el 1.º de Diciembre del 656, había mandado celebrar, en España la fiesta de la Expectación de Nuestra Señora el 18 del mismo mes, todos los años. San Ildefonso, como amante de la Virgen y obediente á la Iglesia, se propuso celebrar la nueva festividad como lo hacen los siervos de Dios. Habían ya precedido tres días de ayuno y de letanías; y encendido el Santo en amor y en el deseo de servir á la Virgen, había previamente dispuesto que se leyese en su Oficio el libro de la Purísima Virginidad, escrito para el canto eclesiástico, y compuesto de testimonios del Antiguo y del Nuevo Testamento. Había también acabado en aquellos días una Misa que se debía cantar en aquella solemnidad, cumpliendo así lo**

prescrito por el expresado Concilio, que quería se celebrase con el rito más solemne y con la mayor magnificencia religiosa que fuera posible.

Para cantar los maitines de tan señalada festividad, se trasladó San Ildefonso con su Cabildo, varias personas de su familia y parte del pueblo, con hachas encendidas, á la iglesia metropolitana; y apenas traspuso sus umbrales la piadosa comitiva, un inmenso resplandor inundó todo el templo, hiriendo de tal modo la vista de los circunstantes, que se les cayeron de las manos las hachas, y poseídos de gran terror huyeron todos ellos, á excepción del santo prelado, que, aunque solo, lleno de confianza en el Señor, penetró resueltamente en el templo para rendir el tributo de sus oraciones á María Inmaculada.

Puesto de rodillas ante el altar donde acostumbraba á orar comenzó á dirigir á la Excelsa Señora sus plegarias: pero ¡cuál no será su sorpresa cuando, al levantar la vista hacia el altar ante el cual oraba, vio á la Santísima Virgen sentada en trono resplandeciente y rodeada de gran número de ángeles! Sobrecogido y suspenso quedó el Santo ante la sobrenatural visión, luchando entre temor que le producía fijar sus ojos en ella y el deseo que sentía de regalar su vista con la celestial aparición, hasta que la Virgen Santísima puso término á la perplejidad de Ildefonso diciéndole con semblante benigno y amoroso: *No temas, Ildefonso, porque, aunque soy Madre de Dios, no me desdeño en descender de los Cielos para honrarte, para glorificar tu Iglesia y para eternizar en todo el mundo tu memoria. Sabe, pues, que, porque defendiste con tanto brío y celo mi virginal pureza contra los blasfemos enemigos que procuraron negarme esta singular gracia, y por el amor y afecto que me profesas, quiero honrarte con este don del Cielo, y darte por mi mano esta vestidura gloriosa, de la*

*que usarás en mis festividades.*

Dicho esto, la Reina de los Cielos descendió de su trono y, asistida de ángeles, colocó sobre los hombros del santo prelado una riquísima casulla, desapareciendo después, aunque dejando por bastante tiempo, como señal de su presencia en el santo templo un ambiente de exquisita fragancia. Quedó extático el Santo, sin moverse del sitio en que se hallaba, hasta que, pasado buen espacio de tiempo, entraron varios familiares y clérigos que habían vuelto solícitos de saber lo que le había sucedido, y le hallaron con el rostro inundado de dulcísimas lágrimas y sin acertar á pronunciar palabra alguna, por la profunda emoción que embargaba su ánimo. Por fin, ya repuesto, les refirió la visión celestial con que había sido honrado, y, como testimonio tangible de ella, les mostró la casulla que sobre sus hombros había colocado la Reina de los ángeles, y que de allí en adelante le valió el título singularmente honorífico de *Capellán* de la Santísima Virgen. Todos vieron la casulla celestial; y divulgado por toda la ciudad el milagro, concurrió al día siguiente gran multitud de pueblo á la iglesia, celebrando los divinos Oficios con tanta devoción y tan copiosas lágrimas de ternura, que parecían los fieles más ángeles que hombres. En la catedral de Toledo se conserva todavía una piedra donde, según tradición, puso sus virginales plantas la Virgen Santísima, la cual se venera como preciosa reliquia. La casulla se conservó cuidadosamente en dicha iglesia hasta la invasión de los árabes, en que, por el temor fundado á una sacrílega profanación, fue trasladada con otras preciosas reliquias á la catedral de Oviedo, en donde permanece custodiada debidamente y encerrada en un arca de plata, sin que nadie se atreva á abrirla, por los castigos con que Dios ha penado la osadía de cuantos lo han intentado sin necesidad justificada para ello. Se refieren muchos milagros de esta preciosa vestidura, de los cuales es uno

el que, habiendo querido ponérsela Sigisberto, obispo de Toledo, acabó mal, pues en el Concilio 16 de Toledo fue depuesto de su dignidad en pena de su soberbia, que le condujo al delito de rebelión contra su monarca.

Por virtud de beneficio tan especial, dispuso la santa iglesia de Toledo celebrar su memoria anualmente, en el día siguiente al de la fiesta de San Ildefonso. La catedral de Toledo, santificada por modo tan especial por la Virgen Santísima, había sido edificada en el reinado de Recaredo, el año 587, en el mismo sitio en que estuvo la primitiva construida en el siglo iii, en tiempo de San Eugenio I. Los árabes la convirtieron en mezquita, y el Santo Rey Fernando III mandó derribarla y edificarla de nuevo, aprovechando los ornamentos y materiales que se pudieron. La celebre campana de esta catedral mide treinta y cuatro pies de circunferencia y pesa mil quinientas cuarenta y tres arrobas. Este templo de Toledo, venerado por todo el orbe católico, por haber servido de trono singular de la Virgen, ha sido escogido por muchos reyes para bendecir en él los estandartes de sus ejércitos, y para ser enterrados allí después de su muerte.

## **NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ**

**T**on este título se celebra también en este día, en Toledo y en España, otra fiesta á la Virgen Santísima por haberse recobrado en este día la iglesia catedral de Toledo del poder de los moros, que la tuvieron más de tres siglos y medio convertida en mezquita.

El suceso que motivó esta fiesta es el siguiente: El rey de Castilla y de León Alfonso VI, el Emperador, después de apoderarse de Madrid y de otros pueblos, pasado el Guadarrama, se dirigió á Toledo, que sitió y

**bloqueó con heroísmo castellano, apoderándose de esta plaza en el año 1085. El rey moro AlcaDIR, comprendiendo que con la entrega de Toledo á los cristianos caía por tierra el último baluarte que tenía el mahometismo en el centro de España, alcanzó del rey que una de las condiciones del tratado de entrega de la ciudad fuera que los moros conservaran la mezquita mayor (ó sea la antigua catedral) y el libre ejercicio de su religión.**

**Conquistada la ciudad de Toledo, el primer cuidado del rey fue restablecer en ella su antiguo esplendor y su grandeza religiosa. Congregó en 1086, á este efecto, un concilio de obispos y próceres del reino, en el cual se reconstituyó la antigua Silla metropolitana, eligiéndose para ella al abad de Sahagún, Don Bernardo, de nación francés, monje de Cluni; y á fines de este mismo año partió para León, dejando guarnecida y pertrechada la ciudad, y al frente de su gobierno á la reina Doña Constanza, su mujer, también francesa, y al nuevo prelado.**

**Los cristianos, aunque en menor número que los moros, bastaban para asegurar la ciudad contra todo riesgo. Estaba la silla episcopal en una pequeña iglesia, en el sitio donde se fundó después el convento de PP. Carmelitas, y parecíale al prelado afrenta á la religión que los enemigos del nombre de Dios verdadero manchasen con el culto del demonio un templo que había servido de morada y de trono á la Reina del Cielo. Trató este asunto con la reina, y, con su acuerdo, una noche los cristianos se apoderaron por sorpresa de la mezquita mayor con gente armada que derribó sus puertas y levantó altares, llamando al pueblo con una campana que á este fin pusieron en la torre. Fue ésta una de tantas locuras según el mundo que bendijo Dios y trajeron la unidad religiosa y política y el poderío de España. Los moros se alborotaron con este suceso, que consideraban**

**injurioso al tratado hecho con el rey y perjudicial á sus intereses. Tomaron las armas para vengar la afrenta y recobrar la mezquita; pero se aquietaron por haber sabido que el hecho se había ejecutado sin orden ni noticia del rey, en quien confiaban que había de reparar el acto, según ellos injusto. A este efecto despacharon inmediatamente embajadores para querellarse del atentado ante el mismo Alfonso.**

**Sintió éste muchísimo el procedimiento de los suyos, tan amante como era de la fidelidad en los contratos; y conociendo el riesgo que podían correr las cosas de la ciudad, estando en mayoría los agarenos, enojado en gran manera contra la reina su esposa y contra el prelado, en sólo tres días se puso en Toledo desde el monasterio de Sahagún, donde recibió la noticia. Se supo anticipadamente en la ciudad el ánimo que traía el rey de hacer señalado castigo para dar satisfacción á los moros. Para moverle á conmisericordia, salieron á su encuentro los principales de la ciudad, vestidos de luto, con él clero, en procesión de penitencia: todos lloraban y pedían les perdonase. El rey, que era un príncipe de grande honor y de fuerte empeño, no se aplacó ni desistió de su resolución. Ni ablandaron su magnánimo pecho los ruegos de su hija única, que vestida de cilicio le suplicó llena de lágrimas se dignase conceder el perdón, atendiendo al santo motivo que les animó para tal procedimiento.**

**Pero sus ruegos fueron oídos en el Cielo. Los moros, mitigada algún tanto la pena por el agravio y la pérdida de la mezquita, al ver la resolución del rey en mantener fielmente el tratado; y considerando, por otra parte, el peligro á que se exponían si el rey llegaba á castigar á la reina y al prelado, porque ellos y sus hijos pagarían el odio que se atraerían de los cristianos, acordaron pedir ellos perdón para los culpados; y á este fin, de rodillas,**

diciendo en voz alta que no volverían á la ciudad si quedaba desatendida su súplica, le rogaron que perdonase á los cristianos, manifestando que renunciaban gustosos á la posesión de la mezquita mayor.

Maravillado Alfonso de esta embajada tan inesperada, conoció que era obra de la Divina Providencia, bendiciendo en su corazón al Señor por ver felizmente resuelto el conflicto, porque sin mengua de su palabra real lograron los cristianos sus súbditos el fin que deseaban de adorar á Dios en su catedral antiquísima. Se dejó vencer de los ruegos de los moros, agradeciéndoles su voluntad y prometiendo que para siempre conservaría memoria de aquel día. Con esto entró el rey en Toledo, con general regocijo del pueblo, quedando libres de todo temor la reina, el arzobispo y los cristianos que tomaron parte en la empresa santa. Y todos reconocían y engrandecían la sabiduría y la misericordia de Dios que endereza los consejos humanos, y de los males que permite saca siempre bienes superiores á los males.

Y para memoria perpetua de este suceso extraordinario se estableció la fiesta de hoy á la Madre de Dios, con el título de *Nuestra Señora de la Paz*, y se viene observando en varias iglesias de España, y singularmente en Toledo, que celebra en el mismo día las dos solemnidades en honor de la Virgen, que hemos reseñado á mayor gloria de Dios.

## **SAN TIMOTEO, OBISPO DE EFESO Y MÁRTIR**

**S**an Timoteo, á quien San Pablo en muchas de sus cartas llama su discípulo carísimo, su amado hijo y su hermano, fue natural de Listras, en Licaonia, provincia del Asia Menor. Su padre era gentil, y su madre

judía; llamábase ésta Eurice, y había abrazado la religión católica, como también Lois, abuela de Timoteo, en el primer viaje que hicieron á Listras San Pablo y San Bernabé. Así Lois como Eurice se distinguían mucho entre los cristianos por su celo y por su piedad. El mismo apóstol San Pablo da testimonio de su fe en la segunda epístola á Timoteo, cuando dice: *Teniendo presente aquella fe, que es en ti tan verdadera, y fue tan constante en tu abuela Lois y en tu madre Eurice.* Estas dos santas mujeres criaron cuidadosamente en la fe y en la piedad á Timoteo, pero dentro de la ley mosaica, mientras ignoraron la venida del Mesías, dedicándole también al estudio de las letras sagradas, en que se ocupó desde su niñez; y adelantó tanto en ellas, que, cuando el Apóstol volvió la segunda vez á Listras, en compañía de Silas, encontró á Timoteo hombre ya formado en la virtud, y le eligió por compañero de sus peregrinaciones y de sus trabajos en la predicación del Evangelio. Ante todas cosas hizo que se circuncidase, no porque creyese que la circuncisión de la carne era necesaria ni conducente para la salvación, sino para habilitarle para predicar la fe á los innumerables judíos que había en aquella provincia, los cuales, sin esta circunstancia, nunca le darían oídos y huirían de él, teniéndole por infiel como hombre incircunciso. Desde este tiempo, aunque Timoteo era tan joven, le miró siempre San Pablo como compañero de su apostolado, coadjutor y hermano suyo.

La estimación que de él hacía y la ternura con que le amaba, se conocen bien en los diferentes elogios con que le nombra en sus cartas. Escribiendo á los corintios, les dice: *Ahí os envío á mi amado hijo Timoteo, que es fiel en la obra del Señor.* Y en el título de la Epístola que dirige á los fieles de la ciudad de Filipos, le iguala consigo mismo, diciendo: *Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo, á todos los santos que están en Filipos.* Lo mismo repite en la

**Epístola á los tesalonicenses: *Os hemos enviado á Timoteo, hermano nuestro y ministro de Dios en el Evangelio de Jesucristo.* Y otra vez á los de Filipos: *Muy presto espero enviaros á Timoteo, porque no tengo otra persona de mayor satisfacción mía, ni que más cordialmente se interese por vosotros, puesto que todos buscan su interés y no el de Jesucristo. Por vuestra propia experiencia conoceréis qué hombre es. El me ha ayudado en el ministerio del Evangelio, como pudiera ayudar un buen hijo á su padre.* Finalmente, escribiendo á los colosenses, comienza de esta manera: *Pablo, apóstol de Jesucristo, por orden de Dios, y Timoteo su hermano.* El grande amor que profesaba á Timoteo un apóstol tan iluminado y tan lleno del amor de Cristo como San Pablo, acredita bien cuan amado era de Dios aquel á quien él estimaba y amaba tanto.**

**El primer viaje que hizo San Timoteo, en compañía de San Pablo, fue á la provincia de Macedonia, en el Asia, donde tuvo mucha parte en las conversiones que allí obró el Señor por medio de su apóstol. Siguióle á todas las ciudades de aquella provincia hasta Berea, donde le dejó con Silas, teniéndole por muy á propósito para trabajar en aquella nueva viña del Señor, y para confirmar á los fieles en la fe. Hallándose San Pablo en Atenas, llamó á Timoteo para que le ayudase en aquella misión; pero, teniendo noticia de que eran maltratados los cristianos de Tesalónica, envió allá á su querido discípulo para asegurarlos y fortalecerlos, y para prevenirlos contra la persecución que ya amenazaba á la Iglesia.**

**Volvió después San Timoteo á buscar á San Pablo á la ciudad de Corinto, y le acompañó en todos los viajes que hizo á Jerusalén, Grecia, Asia, Macedonia, Acaya y Palestina hasta Roma; repartiendo, por decirlo así, con este grande apóstol los trabajos que padecía por**

**Jesucristo, como inseparable compañero de sus apostólicas tareas.**

**Pero si tuvo tanta parte en éstas, no tuvo menos en sus conquistas. Vuelto á Roma el Apóstol, le envió á visitar diferentes iglesias particulares, en las cuales hizo inmensos bienes por la gloria de Jesucristo. Volvió á Filipos, donde fue preso por la fe. Alegróse tanto de padecer en defensa de la verdad, que tenía por singulares favores del Cielo los ásperos tratamientos que le hacían. Puesto en libertad el generoso confesor del Evangelio, pasó inmediatamente á Roma á buscar al apóstol San Pablo, con quien hizo otra jornada á Oriente; y los dos se separaron en Efeso por algún tiempo. Viendo el Apóstol la necesidad que tenía aquella iglesia de un obispo particular, le consagró obispo de ella; y aunque amaba tanto á aquel querido hijo suyo, se separó de él cuando la gloria de Dios lo pedía así. Consagrado obispo, estando para partir á Macedonia, le mandó se quedase en Efeso, como su primer obispo.**

**Antes de partir le encomendó San Pablo que se opusiese con vigor á la mala doctrina que sembraban algunos; que arreglase las oraciones públicas y que velase sobre la vida de todos los fieles.**

**Fue muy sensible á entrambos esta separación: sólo pudo resolverlos á ella la obligación de preferir los intereses de la Iglesia universal á su particular complacencia. No pudo San Pablo estar mucho tiempo sin escribir á su querido Timoteo; y por el estilo de la carta se conoce la singular ternura que conservaba siempre á discípulo tan amado. Enséñale en ella las principales obligaciones del obispo y las prendas que deben acompañar á los que hubieren de ser escogidos para el ministerio sagrado. Muéstrale los deberes de todos los cristianos en general, sin distinción de estados ó**

condiciones. Quiero, decía, que á todos se les haga familiar la oración, y que sepan hacerla á Dios en todo lugar y tiempo; que las mujeres vistan modestamente, adornándose con el pudor y con la modestia más que con las galas, las pedrerías y las telas; que los ricos no sean orgullosos, ni coloquen su esperanza en las riquezas vanas y perecederas, sino en la bondad de Dios que nos da los bienes en abundancia. Finalmente, exhorta al mismo Timoteo á que sea ejemplo de los demás fieles, sirviéndoles de modelo la regularidad de su vida y la pureza de sus costumbres. Con todo esto le aconseja que modere sus excesivas penitencias, y le ordena que beba un poco de vino por su grande flaqueza de estómago y por los molestos achaques que padecía.

Volviendo San Pablo de Oriente, pasó por Efeso para ver á su querido discípulo, y cuando llegó á Roma le escribió otra segunda epístola. *No te avergüences, le decía, de dar testimonio de Nuestro Señor, y de mí que estoy en prisiones por su amor.* Anímale después á que esté firme en las contradicciones y las persecuciones de los falsos doctores y de los falsos hermanos: *Conserva, le dice, con cuidado el depósito de la fe y de la sana doctrina que aprendiste de mí. Predica, reprende, corrige, ruega en toda paciencia; llena con diligencia tu ministerio y no desmayes por las contradicciones. Vendrá tiempo en que el prurito de oír novedades hará que cada uno busque maestros que le hablen á su paladar y á su deseo. Habrá hombres llenos de amor propio y atestados de vicios, que con apariencias de piedad, ó con un exterior aparato de virtud, serán enemigos de la religión.*

No sólo fue discípulo de San Pablo San Timoteo, sino que, en cierta manera, se puede decir que también lo fue de San Juan; porque, habiéndose retirado á Efeso este amado discípulo de Cristo, gobernando desde allí todas las iglesias del Asia, no amó menos que San Pablo á

**nuestro santo obispo, dándole una especie de inspección general sobre las mismas iglesias que el Evangelista gobernaba. Tiénese por cierto que fue San Timoteo aquel ángel de la iglesia de Efeso con quien habla en su Apocalipsis el mismo Evangelista, alabándole mucho por el horror con que miraba á los herejes, por el celo con que trabajaba en la viña del Señor, y por los muchos trabajos que había padecido, promoviendo su mayor gloria. Después le exhorta á renovar el fervor, así como San Pablo le había exhortado en su carta á que renovase la gracia que había recibido al tiempo de ordenarse por la imposición de las manos.**

**Después del destierro de San Juan vivió poco tiempo San Timoteo en la silla episcopal de Efeso, porque se ofreció presto ocasión de explicar su ardiente celo con motivo de una de las fiestas de los gentiles, llamada Catagogía, y consistía en una procesión de todos los ídolos de la ciudad, acompañados de voces y aullidos de un populacho embriagado. Muchos de ellos llevaban cubierto el rostro con horribles máscaras, y, armados con mazas de hierro, golpeaban sin piedad á los transeúntes, hasta herirlos gravemente y aun matarlos. Estas crueldades indignaron el corazón de San Timoteo, que, arrojándose en medio de aquellas fieras con figura humana, se esforzó en hacerles comprender todo lo que tan abominables excesos tenían de crueles é insensatos. Las turbas salvajes se arrojaron sobre él y le prendieron; y después de apedrearle y magullarle el cuerpo con las mazas de hierro, le arrastraron por las calles de la ciudad, hasta dejarle en una de ellas por muerto.**

**Algunos cristianos le recogieron del suelo aun con vida, y le condujeron á un monte próximo, donde San Timoteo no tardó en expirar en sus brazos, consumando el martirio el 22 de Enero del año 97 de nuestra era. Su cuerpo fue enterrado en un lugar llamado Pión, cerca de**

**Efeso, donde después se edificó un templo, y descansaron sus restos en él hasta el año 356, en que con gran solemnidad fueron trasladados á Constantinopla, y depositados en la iglesia de los Santos Apóstoles. Según San Juan Crisóstomo, las reliquias de San Timoteo tienen la virtud especial de lanzar los demonios. Muchas de estas reliquias se esparcieron por diferentes puntos del mundo al ser trasladadas de Efeso á Constantinopla; algunas se conservan en Caller, de Cerdeña, y parte de ellas en San Glnés de Vilasar, en Cataluña. Beato Pío Pp. IX dispuso que la fiesta de San Timoteo se celebre con rito doble en toda la Iglesia.**

**La Misa es de San Timoteo, y la oración es la siguiente:**

**Atiende ioh Dios todopoderoso! á nuestra flaqueza; y pues nos oprime el peso de nuestros pecados, alivíanos de él por la gloriosa intercesión de tu bienaventurado mártir Timoteo. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.**

**La Epístola es del cap. 6, vers. 11 al 16, de la primera del Apóstol San Pablo á Timoteo.**

**Carísimo: Sigue *en todo* la justicia, la piedad, la fe, la caridad, la paciencia, la mansedumbre. Pelea valerosamente por la fe, y, *victorioso*, arrebatada y *asegura bien* la vida eterna, para la cual fuiste llamado y diste buen testimonio *confesando la fe* delante de muchos testigos. Yo te ordeno en presencia de Dios, que vivifica todas las cosas, y de Jesucristo, que ante Poncio Pilato dio testimonio confesando generosamente la verdad, que guardes lo mandado, *conservándote* sin mácula y sin ofensa hasta la venida de Nuestro Señor Jesucristo: *venida* que hará manifiesta á su tiempo el Bienaventurado y sólo Poderoso, el Rey de los reyes y Señor de los señores; él solo que es inmortal *por esencia***

y que habita en la luz inaccesible, á quien ninguno de los hombres ha visto ni tampoco puede ver; cuyo es el honor y el imperio sempiterno. Amén.

## REFLEXIONES

*Gobiérnate siempre por la justicia, por la piedad, por la fe, por la caridad, por la paciencia y por la dulzura.* Estas virtudes andan siempre juntas. Quien tiene piedad y caridad las tendrá todas.

¿Puede haber en el mundo otro objeto más acreedor á todas nuestras atenciones y á todos nuestros cuidados? Y, con todo eso, cualquiera otro objeto nos agrada más. No siempre son las mejor cumplidas las obligaciones de la religión, ni suele ser el amor á la virtud la pasión más viva que tenemos. El falso oropel nos deslumbra; la apariencia de fortuna nos encanta. Corremos sin saber adonde; nos fatigamos y nos afanamos tras unos bienes cuya fugacidad se llora y cuya vanidad se palpa. Las mismas quimeras, contra las cuales declamamos tanto, suelen ser nuestros ídolos. Una plaza, un empleo, un beneficio, una honra imaginaria que sólo subsiste en nuestra fantasía, que no tiene otro ser real sino los trabajos que cuesta conseguirla, y el dolor de haber servido de burla ó de juguete por sostenerla; esto es á lo que se aplica toda la atención, á esto se consagran todos los desvelos, á esto se sacrifican los bienes, la salud y la salvación eterna. ¡Oh eterno Dios, cuándo tendremos juicio! ¡Cosa extraña, que sólo desbarremos en nuestros verdaderos intereses!

*Trata de asegurar la vida eterna, para la cuál fuiste creado.* El tiempo de esta vida solamente se nos dio para hacer esta fortuna, la que solamente se puede fabricar mientras dura el tiempo. ¿Hay, por ventura, otra fortuna que hacer? El fruto del buen uso del tiempo es una

dichosa eternidad.

**¿Qué testimonio hemos dado de nuestra fe? ¿Y delante de quién hemos dado este testimonio? ¿Es acaso delante de los hijos y de los domésticos, á quienes tan poco se les edifica y tanto se les escandaliza? ¿Es, por ventura, en esas concurrencias del mundo donde se tiene vergüenza de parecer cristianos? ¿Es quizá en el comercio de la vida civil donde reina tan poca rectitud y de donde está desterrada la buena fe? ¿Es en el templo santo de Dios donde se está con tan poco respeto y con ninguna devoción? ¿Pues dónde, en qué lugar damos este público testimonio de nuestra fe y de nuestra piedad?**

**Exhorta el Apóstol á su discípulo á que trabaje sin cesar en el negocio grande de su salvación, y á que trabaje hasta la muerte, sin lo cual no se hace este grande y el más importante negocio. ¿Cuántas reflexiones pueden hacer aquellas personas que comienzan tan tarde á trabajar en él y se cansan tan presto, faltando á la perseverancia?**

**El Evangelio es del cap. 14, vers. 26 al 33, de San Lucas.**

**En aquel tiempo dijo Jesús á las turbas: Si alguno de los que me siguen no aborrece *ó no ama menos que á Mí* á su padre y madre, y á la mujer y á los hijos, y á los hermanos y hermanas, y aun á su vida misma, no puede ser mi discípulo. Y el que no carga con su cruz y no me sigue, tampoco puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no echa primero despacio sus cuentas para ver si tiene el caudal necesario con que acabarla, no le suceda que después de haber echado los cimientos, y no pudiendo concluirla, todos los que lo vean comiencen á burlarse de él, diciendo: Ved ahí un hombre que comenzó á edificar y no**

**pudo concluir? Ó ¿ cuál es el rey que, habiendo de hacer guerra contra otro rey, no considera primero despacio si podrá con diez mil hombres hacer frente al que con veinte mil viene contra él? Que si no puede, despachando una embajada cuando está el otro todavía lejos, le ruega con la paz. Así, pues si cualquiera de vosotros que no renuncia todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.**

## **MEDITACIÓN**

**De la renuncia de todo lo que se ama por amor de Jesucristo.**

**PUNTO PRIMERO. — Considera que el Evangelio no anuncia otra cosa sino humildad, mortificación y penitencia; nada predica sino abnegación, renuncia de todo cuanto más se ama en el mundo; hasta decirnos que, si no nos aborrecemos aun á nosotros mismos, no podemos ser discípulos de Cristo. ¿Qué nos parece de esto? Según esta idea, ¿tendrá Jesucristo el día de hoy muchos discípulos en el mundo?**

**¿Qué cosa más loable ni más justa que amar al prójimo? El mismo Dios nos lo manda con precepto formal y expreso. Con todo eso, cuando se atraviesan los intereses de Dios, es menester renunciar la carne, la sangre, y aun á sí mismo, so pena de renunciar á Dios. El que viniere á Mi (esta expresión comprende todos los estados y todas las condiciones de las personas cristianas), el que viniere á Mí, dice Cristo, y no aborreciere al padre, á la madre, y hasta á su misma persona, no puede ser mi discípulo. No puede haber cosa más positiva ni más clara. No necesita de explicación el oráculo; pero esta moral ¿es muy de nuestro gusto? ¿Se practica mucho el día de hoy esta cristiana filosofía?**

**¿Ceden siempre á los deberes de la religión los intereses de la familia? ¿No se da oídos siempre á los**

clamores de la carne y de la sangre en perjuicio de la conciencia? En los negocios, en las diversiones, en los proyectos para adelantar y hacer fortuna, ¿se consulta siempre á sólo Dios, y á sólo Dios se le oye, sin que concurren otros respetos? Ciertamente nos merece Dios bien poco, si no nos merece todo nuestro corazón. ¡Qué impiedad colocar al ídolo de Dagón en el mismo templo! ¡Oh Dios mío, qué mal se compone lo que obramos con lo que creemos! Creemos vuestras palabras, pero nada hacemos menos que lo que ellas nos intiman. Nuestras obras contradicen visiblemente nuestra fe.

No permitáis, Señor, que esta confesión sirva sólo para hacerme más delincuente. Vos me aseguráis que debo aborrecerme á mí mismo si quiero ser vuestro discípulo. Sí, Señor, yo quiero serlo; y desde hoy en adelante será mi vida la prueba más concluyente de mi sincera voluntad.

**PUNTO SEGUNDO.** — Considera en qué grosero y pernicioso error incurriría una persona que, oyendo estas palabras del Salvador: *El que viniere á Mí, y no aborreciere al padre, á la madre, y aun á su misma persona, no puede ser mi discípulo*, se persuadiese que podía ser verdadero discípulo de Cristo sin tener este odio santo, este odio evangélico, amándose únicamente á sí mismo, no dando lugar en su corazón á otro objeto que á su ambición, á sus gustos y á sus propios intereses. Así, pues, suspendamos por un momento nuestras antiguas preocupaciones. Vaya á un lado por un instante la autoridad de nuestro amor propio. ¿No somos nosotros los que incurrimos en este error? ¿Hacemos, por ventura, otra cosa? ¿Queramos acaso más que aquello mismo que estamos condenando?

i Ah, que estamos de tal manera enamorados de nosotros mismos, llenos de nosotros mismos y esclavos de

**nosotros mismos, que somos, por decirlo así, ídolos de nosotros mismos, quemándonos incienso, ofreciéndonos votos, sacrificándonos víctimas, siendo lo primero que se sacrifica nuestra propia salvación y los intereses de Dios! Si se compara nuestra conducta con la de los santos mártires, ¿quién no dirá que tuvieron otro Evangelio? Digámoslo mejor: el Evangelio es el mismo, y por lo mismo que lo es, no puede haber mayor extravagancia que lisonjearnos de ser discípulos de un mismo maestro y de seguir la misma doctrina, cuando las costumbres son tan diferentes. Si paso los días en diversiones y entretenimientos; si sólo ando tras lo que lisonjea los sentidos y halaga la concupiscencia; si fomento las pasiones y me dejo arrastrar de ellas; si toda mi ocupación es satisfacer el amor propio, ¿podré decir que sirvo á un mismo señor y que obedezco á una misma ley que los santos mártires? ¿Y qué razón tendré para esperar la misma recompensa? Una mujer que vive entre la delicadeza y el regalo, ¿logrará la misma bienaventuranza que Santa Inés? Un hombre que sólo ama sus gustos y sus placeres, ¿podrá racionalmente esperar la misma gloria que San Timoteo?**

**Vos, Señor, me mandáis que me aborrezca. Y, con efecto, ¿tengo yo mayor enemigo de mi verdadero bien que á mí mismo? Pues ¿qué odio más justo? ¿No es amarme verdaderamente el aborrecerme de esta manera? Dadme, Señor, este santo odio de la carne y sangre, este odio saludable de mí mismo. No permitáis olvide jamás que no es digno de Vos el que ama á otra cosa que á Vos.**

## **JACULATORIAS**

**Señor, no podré amaros ni serviros, si no me abrazo ni me desposo con vuestra cruz, si no me aborrezco por amaros á Vos sólo.—*San Lucas, 9, 23.***

**Ni en el Cielo ni en la Tierra ame yo otra cosa que á Vos, Dios de mi alma.—Ps. 72.**

## **PROPÓSITOS**

**1. Comienza desde este día á amar á Dios con amor de preferencia, en virtud del cual le asegures el primer lugar en tu corazón, de manera que para mantenerte en él estés dispuesto á sacrificar bienes, gustos, amigos, parientes y hasta tu misma vida. Para esto toma firme resolución de no querer, de no emprender cosa alguna sin consultar primero á Dios y sin arreglarte en todo á lo que conocieres ser conforme á su voluntad. No te fíes de tu sola razón, porque el amor propio ciega. Jamás te resuelvas á hacer cosa de interés ó de importancia sin el parecer de un prudente y celoso director.**

**2. Examina si te dejas llevar con exceso del amor á tu familia y á tus intereses temporales. Suele haber ciertas preferencias de amor entre los mismos hijos, queriendo á unos más que á otros; las cuales llenan las casas de celos y de inquietudes. No son menos odiosas ni menos perniciosas en las comunidades las amistades particulares. Todas esas distinciones y preferencias son efectos del amor propio. Tengamos, sí, amor á nuestros parientes y á nosotros mismos, pero sea un amor bien ordenado. No seamos esclavos de la pasión; y entonces no cometeremos injusticias. Dios debe estar sobre todo, que ése es el lugar que le corresponde. Ahoga también al mismo tiempo cierta sensibilidad excesiva; corrige cierto refinamiento de delicadeza y de blandura, que muestra bien el demasiado amor que te tienes á ti mismo. El amor propio es un enemigo sagaz y doméstico, tanto más digno de temerse cuanto menos se desconfía de él. Cuando nos lisonjea, entonces nos vende; camina siempre de acuerdo**

**con las pasiones, y sin cesar arma lazos á nuestra salvación. Toma desde hoy la generosa resolución de no contemplarle, y sí de combatirle y de vencerle. En todo se introduce, en todo se insinúa; no hay que perdonarle en dondequiera se halle. Foméntase con nuestras conveniencias y comodidades; y así, corta con resolución lo que no fuese absolutamente necesario para vivir. La mortificación le debilita; pues determina, desde luego, lo que has de practicar. El suplicio del amor propio es la mortificación de los sentidos; prívate de todos esos gustos, que sólo sirven de hacerle más orgulloso. No hay cosa más contraria á la verdadera devoción que el amor propio; y, con todo eso, no suele estar muy reñido con muchos que hacen profesión de ella. Declárale, desde luego, perpetua guerra.**